

**CON MOTIVO DEL HOMENAJE AL PROFESOR
DON JULIO BOZA LÓPEZ.**

Intervención del Dr. Don José Aguilera Sánchez.

Querido Julio, mi maestro y amigo:

Un acto como el que aquí nos reúne puede tener desde un punto de vista subjetivo múltiples enfoques, en ningún caso excluyentes. Puede homenajearse al intelectual, al investigador admirable, al humanista. Cualquiera de estas opciones estaría hoy y aquí sobradamente justificada. Reconociendo todas esas cualidades en ti, Julio, nos reúne aquí el compañero y amigo, ahora que te echamos de menos; ahora que hemos perdido el contacto diario; ahora que dispones de más tiempo para ser feliz y disfrutar de la familia.

Cuando nuestro querido profesor Don Gregorio Varela te pide que te incorpores a la Sección de Fisiología Animal recientemente creada en la EEZ, sabía perfectamente lo que hacía. Y, desde luego, eligió bien. Impulsar la actividad científica para consolidar aquel departamento debió presentar, desde mi punto de vista, dificultades adicionales a la ya difícil tarea que entraña transformar un germen de investigación en un departamento. Me refiero a que el campo científico y los objetivos abordados en nuestros estudios eran (y son) en buena medida ajenos a las disciplinas científicas impartidas en nuestra Universidad. Cuando me incorporé a la EEZ en 1966, nueve años después de la creación de la Sección de Fisiología Animal, encontré allí la clave del éxito alcanzado: un ambiente extraordinariamente agradable, que combinaba trabajo, rigor científico y cercanía, al que tanto contribuyó nuestro queridísimo Juristo, tu compadre, compañero del alma, con su buen hacer, bonhomía y fino humor. Y claro está, quedé enganchado, como más tarde ocurriría con Reme, Carlos, nuestro llorado Carlos, Edu y, más recientemente, la segunda generación. Desde aquel entonces, tu iniciativa, ideas sólidas, enfoques innovadores han sido una constante en la actividad vital (y subrayo el calificativo vital) del departamento.

No es nada sorprendente que una persona plétórica de iniciativa y entusiasmo, con afición sin fin al trabajo, aceptase más tarde la Dirección del Centro, dedicando a ella un gran esfuerzo, con logros importantes en una época especialmente compleja para el CSIC. Gracias, pues, Julio, por la labor realizada. Te marchas dejando una profunda huella por tu ejemplar trayectoria de intelectual e investigador; por tu dimensión humana y académica.

Son muchos los recuerdos que vienen a mi memoria de tantos y tantos momentos compartidos. Muchos han sido felices o sencillamente divertidos; otros, terribles. En todos ellos descubrí a un hombre de aguda inteligencia, formidable preparación, fortaleza moral y gran humanidad. Quiero destacar su gran humanidad, porque a su talento Julio une generosidad, sensibilidad; un gran corazón que quiere a quienes le rodean y necesita sentirse querido. Así lo vi, Julio, tras nuestro desencuentro, ese paréntesis amargo que tú comprensiva y elegantemente llamaste crisis de crecimiento.

Julio es, además, un hombre extraordinariamente ameno, buen tertuliano, fácil a la anécdota y divertido. Comprenderéis, pues, que nos sintamos afortunados quienes le hemos tenido un poco más cerca durante tantos años. Julio, no cambies. Sé feliz con los tuyos; regálanos algunos minutos de vez en cuando con tu presencia y ¡no cambies!

Y termino. Julio, no te imagino ocioso. Dice el filósofo suizo Carlos Hilty que el recurso espiritual más importante para mantenerse joven es aprender siempre cosas nuevas, interesarse por algo y tener en constante perspectiva cualquier fin. Pedirte, por tanto, algo obviamente innecesario: que descanses un poco, pero no demasiado.